
Editorial

Empezamos el nuevo año con el nuevo peso que nos tiene bastante desconcertados. Quien ganaba cuatro millones hoy gana cuatro mil que ya es horrible, pero quien ganaba seiscientos mil hoy gana seiscientos, eso sí, nuevos pesos.

Según las declaraciones oficiales el cambio de moneda no va a dar lugar a un aumento en los precios. El ama de casa que fue al mercado sabe que los precios sí aumentaron, diez centavos, un peso, aumentos que se antojan mínimos pero que al sumarlos repercuten en los ya escasos ingresos familiares.

En las ciudades pequeñas las personas pueden ir de comercio en comercio buscando mejores precios; no así en las grandes urbes donde las distancias hacen imposible esta actividad. A veces uno se deja engañar y acude a las tiendas sindicales que se supone tienen precios más bajos porque no son negocios, sino servicios a los afiliados, sólo para llevarse la sorpresa de que son más caros que algunas cadenas de autoservicio.

En el campo el problema es más grave. Siempre ha sido más caro comer en los pueblos y rancherías que en las ciudades. El abuso de los pequeños comerciantes disminuye en forma desastrosa los ya de por sí escasos ingresos del campesino.

Si a esto le agregamos la ignorancia y la poca sagacidad del común de la gente del campo, es fácil adivinar que mientras se acostumbran a la nueva moneda serán engañados por muchos abusivos. Todos, en el campo o en la ciudad, ignorantes o ilustrados, tendremos que estar atentos a la trampa.

El único lado amable, y eso porque uno quiere buscar consuelo en algo, es que ahora el dólar sólo vale 3.18 nuevos pesos. ¡Caray, que bien va la economía! 